

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*; Prólogo de José Luis de la Granja, Tecnos, Madrid, 2013, 472 págs.

Durante sus aproximadamente quince años de existencia, el partido político Euskadiko Ezkerra (EE, Izquierda de Euskadi) forjó una experiencia única en un país singular. Nacido durante la transición en 1977, EE tiene sus orígenes en la renovación doctrinal y estratégica del nacionalismo vasco que imprimió ETA a partir de su fundación en 1959. Su proyecto bebió de las mismas fuentes que la organización terrorista: jingoísmo abertzale y marxismo. Una doble religión política de pesadas servidumbres que EE se irá sacudiendo en sendos procesos paralelos y meteóricos, aunque no exentos de dificultades, en particular cuando lo que se dirimía afectaba al núcleo doctrinal nacionalista cifrado en el anhelo independentista y la consecuente e irrenunciable enemiga a España. El resto de fuerzas nacionalistas, el Partido Nacionalista Vasco (PNV) y, sobre todo, el autodenominado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) con Herri Batasuna (HB) en papel estelar, se encargaron de verter agua en la grieta de EE acusándoles de españoles o de marxistas, según momento e interlocutor, para dejar que el tiempo la ensanchase, oportunamente auxiliada por la ley sociológica de la profecía autocumplida. Fue así que los integrantes de EE pasaron sin solución de continuidad de héroes por su lucha armada contra el franquismo a traidores en la Transición y la democracia por su propensión a cuestionar los dogmas sagrados de la religión de la patria y a tender puentes entre diferentes. Enfrente los guardianes de las esencias abertzales siempre estuvieron prestos a dinamitar sus experimentos de ingeniería política, a torpedear su particular proceso de aprendizaje de la democracia y a pasar factura por supuestos delitos de lesa patria.

La suelta de lastre religioso, o proceso de secularización, por decirlo en términos conceptualmente más sofisticados, constituye la mayor singularidad de un partido político cuya influencia política superó en todo momento sus logros electorales e institucionales. Dicha influencia se vislumbra, por ejemplo, en su capacidad de renovación del discurso nacionalista –y la revitalización del vasquismo como punto de encuentro entre diferentes tiene contraída a día de hoy una deuda impagable con el proyecto de EE– o en insuflar vetas de moralidad en la cultura política del país desde la pulsión de expiación por haber sido partícipes necesarios de la violencia. En este sentido, no conviene olvidar que EE evolucionó en estrecha relación con ETA-pm hasta su disolución en 1982. Siempre fue un partido de cuadros, con una base social nutrida de la «nueva» clase media, esos sectores ilustrados integrados por profesionales de los ámbitos educativo o sanitario y por estudiantes

universitarios. Siempre atrajo más simpatías que votos, no llegando nunca a superar el 11% de los sufragios.

¿Cuál fue el recorrido de una formación política empapada de los dogmas del ultranacionalismo vasco, cuña de su misma madera y semilla del mismo árbol, hasta abrazar una década después de su surgimiento el constitucionalismo español? ¿Cómo, partiendo de una interpretación marxista de la sociedad y la política, derivó en 1993 en una fusión-disolución en el Partido Socialista de Euskadi? ¿Qué factores coadyuvaron su tránsito de la incivildad y la justificación del terrorismo a convertirse en avalistas del consenso entrecruzado entre sensibilidades diferentes como fórmula para preservar la convivencia y para optimizar el potencial que ofrece el pluralismo vasco? ¿Cómo y por qué, en singular ejercicio de herejía, se les fueron atemperando hasta evaporarse su fervor patrio primigenio y su fe en la lucha de clases como motor de la historia? El libro de Gaizka Fernández Soldevilla, producto de su tesis doctoral defendida en 2012 en la Universidad del País Vasco bajo la dirección de José Luis de la Granja, proporciona las claves necesarias para dilucidar estas cuestiones. Su obra cierra un círculo hasta ahora inconcluso en la historia política vasca reciente: el de reconstruir la historia de las principales formaciones políticas nacionalistas en la segunda democracia española. Si tanto el PNV como (sobre todo: violencia obliga) el ultranacionalismo patriótico al hilo del MLNV y de HB cuentan con diferentes monografías y estudios desde la historiografía, la sociología, la ciencia política o la antropología, hasta la fecha echábamos de menos un trabajo equivalente para esa expresión nacionalista que fue EE. Nadie más indicado para abordar la tarea, en este caso desde la historia, que Fernández Soldevilla. Su producción académica precedente, publicada durante los últimos años en diferentes foros académicos, ya le avalaba como uno de los especialistas más acreditados en el entramado nacionalista radical del último medio siglo, tanto en su familia terrorista (ETA y sus diferentes organizaciones fruto de escisiones y luchas intestinas varias) como en la política (EE, HB)(1). Trabajos que, como el que nos ocupa, están fraguados desde la distancia generacional (cuando EE desaparece como partido para coaligarse con el PSE, Fernández Soldevilla aún asistía al colegio), al tiempo que desde la cercanía histórica suficiente para poder recurrir de forma intensiva a fuentes orales, concretadas en un total de 66 entrevistas en profundidad a otros tantos protagonistas de los procesos de los que se da cuenta de forma fehaciente, prolíja, elegante en términos estilísticos y, en cualquiera de los casos, basados en un

(1) Buena muestra de esta línea de trabajo son los ensayos recogidos en su obra *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical 1958-2011* (Madrid, Tecnos, 2012), escrita con Raúl López Romo.

excelente y rico arsenal documental según los criterios más exigentes de la historiografía.

El autor sostiene haber escrito su trabajo desde la perspectiva de la historia política y cultural. Exagera. El suyo es un ejemplo sobresaliente de historia política con pinceladas de historia cultural, manifiestas por ejemplo cuando repara en algunos mecanismos a los que recurrió EE para activar las emociones de sus militantes y simpatizantes, sobre todo en los inicios de su andadura, tales como el culto a los héroes o «gudaris» de ETA-pm, la misma organización terrorista ante la que supieron afirmarse y a cuya desaparición coadyuvaron de forma decisiva. Pronto sufrieron la tensión derivada de hacer pivotar su praxis en la explotación del capital simbólico de la lucha contra la dictadura y el «enemigo» español, o fijarla en la razón. Se trataba de dos lógicas enfrentadas, y EE optó pronto por la segunda vía (o no tuvo otro remedio: el ultranacionalismo abertzale les vampirizó símbolos tan potentes como los de *Txiki* y Otaegi, los dos miembros de ETA-pm fusilados en los estertores del franquismo), hasta acabar siendo los más insignes impulsores de la racionalización de la política vasca, vale decir, de su desacralización. En realidad, EE nunca tuvo clara la política simbólica y ritual, y en esa desgana hemos de rastrear algunos de los motivos de que el abertzalismo radical le ganase la partida por el espacio electoral y social nacionalista y de izquierda. Para muestra un botón, no recogido en el libro: sus convocatorias del *Aberrri Eguna* o Día de la Patria Vasca entre 1980 y 1992, cuya celebración constituye un fiel termómetro de la adscripción al campo nacionalista, tuvieron como marco nueve localidades diferentes, obviando la importancia que en todo ritual de protesta y reivindicación tiene su vinculación con un enclave significativo y continuado.

Cuando el autor invoca la historia cultural, diríase que su preocupación por esa mirada al pasado desde las prácticas culturales es sobrevenida y que hubiese reparado en su potencial explicativo del proceso de secularización y desacralización de EE a medida que iba avanzando en la investigación. Si dicha preocupación hubiese estado desde el principio, en las entrevistas realizadas habría inquirido sobre aquello que leían los *euskadikos* o sobre sus marcos de sociabilidad, por mencionar dos temas de estudio que hubiesen dejado una impronta más culturalista en el trabajo y que resultan inexcusables a la hora de comprender por qué EE tomó el rumbo que tomó. En este sentido, la militancia de EE siempre se mostró muy atenta a los debates que en Europa renovaron el discurso de la izquierda desde el diálogo con los «nuevos» movimientos sociales –pacifismo, ecologismo, feminismo, etc.– y, en particular, a la evolución de Los Verdes alemanes durante la década de 1980, partido con el que compartían base social, ganas de practicar una

política diferente y, tras las elecciones europeas de 1989, también bancada en Estrasburgo en el Grupo de los Verdes. Sorprende, en este mismo sentido, que a lo largo del libro apenas si se mencione, y en todo caso de pasada, a los *ezkertokis*, las sedes sociales de EE. Cuando hablan los entrevistados, lo hacen para arrojar luz sobre disputas internas o sobre procesos negociadores con todas aquellas fuerzas políticas que, en un momento u otro del periplo, confluyeron con EE, ya hablemos del Movimiento Comunista, del Partido Comunista o del Partido Socialista, todos ellos de Euskadi. Nada criticable hay en ofrecer una excelente historia política de un partido político, como es el caso, pero practicar la historia cultural exige formas de mirar en gran medida ausentes.

Por otra parte, la heterodoxia, el tercer elemento recogido en la triada del título, más bien parece un momento liminal y contingente que una corriente del nacionalismo vasco, como sostiene el autor. Si algo enseña la historia de EE, si algo demuestra el trabajo de Fernández Soldevilla, es la imposible conciliación, siquiera a medio plazo, entre un nacionalismo vasco abierto al compromiso con otras lealtades nacionales y una ideología de izquierda. La implosión y desaparición subsiguiente de EE acabó con buena parte de sus cuadros dirigentes en el PSE, algunos elementos aislados que arribaron a la orilla del PNV, y una mayoría de desencantados que decidieron no embarcarse en barco alguno. La heterodoxia en el seno del nacionalismo vasco acostumbra a desembocar en una «traición» a las normas de la tribu o en el regreso a la casa del padre. El concepto de corriente remite a continuidad, pero no hay tal en la misma medida que sí la hay en el nacionalismo moderado y en el radical, ésas sí corrientes fácilmente identificables. Si acaso, podríamos hablar de episodios de heterodoxia abocados a disolverse más pronto que tarde en el nacionalismo y las izquierdas, los dos de los grandes imanes ideológicos presentes en el País Vasco junto con el centro-derecha de obediencia española.

Estos reparos, probablemente sólo conceptual en el caso del último mencionado, no son óbice ni desmerecen lo que realmente importa: el gozar de una excelente historia política de un partido experimental e iconoclasta que influyó en la política vasca del momento mucho más allá de lo que sus resultados electorales dieron nunca a entender, y que sigue influyendo todavía hoy para quienes se atreven a explorar nuevas vías a la hora de construir un marco de convivencia entre diferentes visiones de la vida buena en esa sociedad irremisible y afortunadamente plural que es la vasca.

Jesús Casquete

Departamento de Derecho Constitucional e Historia de la Teoría Política
Universidad del País Vasco / EHU